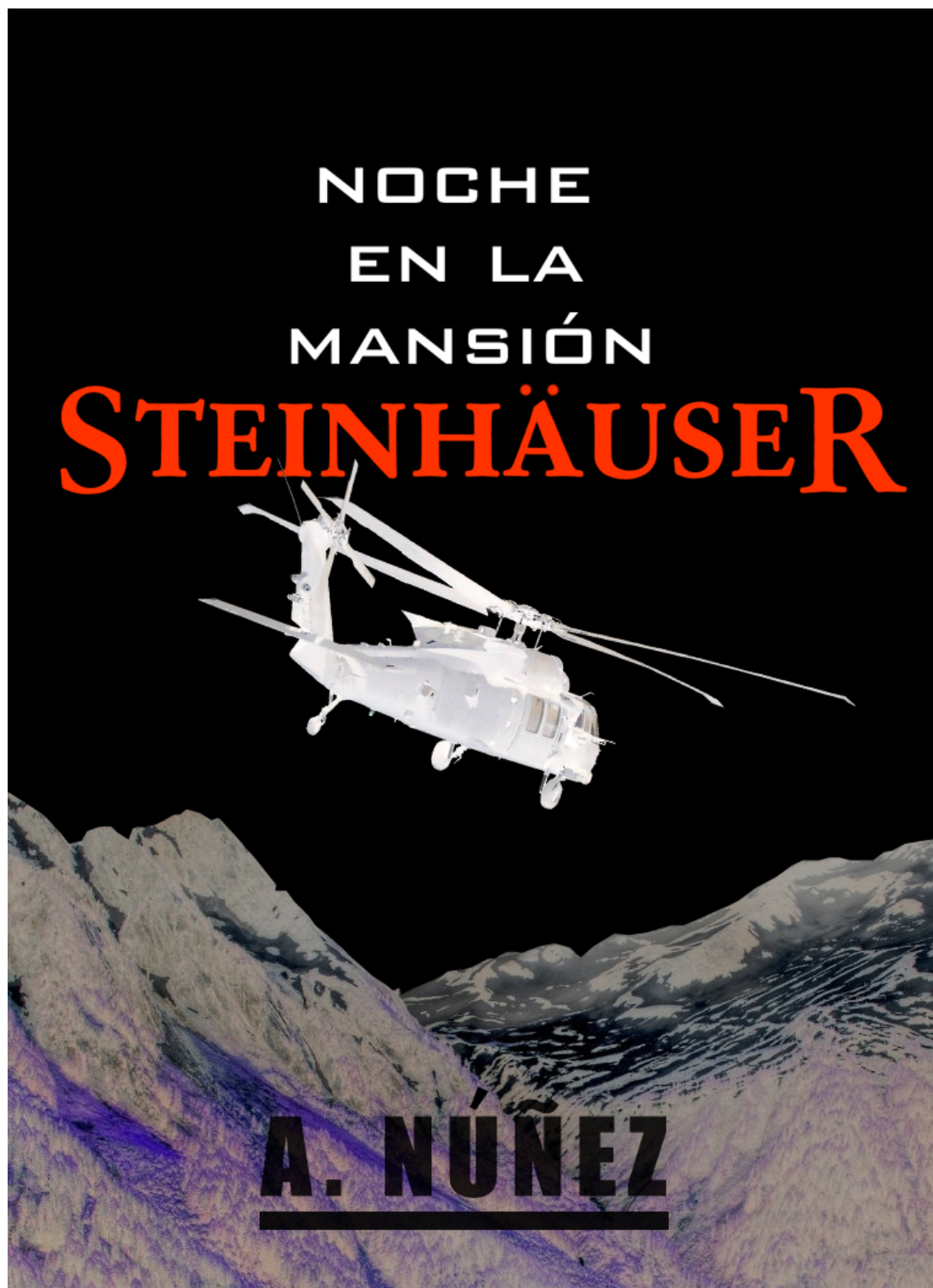


Noche en la Mansión Steinhäuser

Ángel Núñez



Capítulo 1

El helicóptero se detuvo sobre el enorme predio que rodea la mansión. La noche era oscura, sin luna ni estrellas.

Nuestro equipo descendió por cuerda, pero al hacer pie, el primer hombre se detuvo. Estábamos sobre el lago Sioux. El primer hombre, el experto McKensie, dio gritos al hombre que tenía arriba, pero éste no pudo oírle por el fuerte ruido de la hélice. El tercero en descender aún esperaba con medio cuerpo fuera del helicóptero, listo para pisar la cabeza de su compañero, cuando advirtió que algo extraño ocurría. Avisó por radio al piloto del LIL-HAWK, y éste titubeó unos segundos antes de encender la luz de emergencia. El cabo Donogan ya comenzaba a inquietarse cuando vio que nadie bajaba. Ya con la luz, el piloto del LIL-HAWK vio la orilla del lago y dio parte a Donogan. Ordenaron a los hombres estarse quietos en la cuerda, mientras se movían para alcanzar la verdadera zona de aterrizaje, pero hubo otro problema: Sandoval, el hombre sobre McKensie, cansado de esperar, calculando que estaban a poca altura del suelo, decidió saltar. Donogan le ordenó por radio que se sujetara de la soga, si aún la tenía al alcance. Seguramente sus ropas pesaban a causa del agua fría, pero Sandoval resistió el viaje hasta la zona indicada.

Así comenzó aquella desastrosa noche.

Minutos más tarde, ya en el lugar correcto, pisamos tierra en campo seco, a unos veinte metros de la mansión. He referido que la noche era oscura y no bromeaba. Hubiera sido imposible guiarse sin la asistencia de nuestros lentes de visión nocturna. Donogan inspeccionó el resumido mapa y la pequeña brújula de su reloj. Luego, fue cosa de intentar seguirle. Cuando vimos las camionetas blancas de seguridad frente a la verja, supimos que íbamos por buen camino. Todo era silencio en ese maldito campo.

Por alguna razón, el helicóptero que transportaba al francotirador aún no había llegado. El sargento Jasper ordenó que nos apurásemos en irrumpir en la casa. La situación era delicada.

Oímos al segundo helicóptero pasar sobre nuestras cabezas y avanzamos en silencio. El segundo equipo, a cargo del sargento Jasper, debía descender en un patio del segundo piso, del lado trasero de la mansión, tal como habíamos visto en los viejos mapas. Se supone que nosotros debíamos entrar y esperarlos en la planta baja. En realidad, no éramos más que un equipo de soporte. Era el segundo equipo, el DAKOTA1, el que estaba preparado para batirse en duelo contra los secuestradores.

Cuando llegamos, nos costó encontrar la entrada a la mansión. No sabíamos dónde estábamos. Un maldito bosque rodeaba la casa y Donogan, para colmo de males, nos separó en dos pequeñas particiones

de tres, que debían introducirse por lados opuestos, para luego volver a unirse al ver los leones de piedra en entrada, que conocíamos gracias a las viejas fotografías de la construcción. Donogan temía que hubieran centinelas escondidos entre los árboles. En total, habremos tardado entre diez a quince minutos en localizar la entrada. Luego, las dos particiones no reunimos frente a una especie de rancho, a esperar instrucciones.

La mansión, debo decirlo, parecía una fortaleza medieval. Su fachada era de ladrillos de piedra y muchas de las ventanas del primer piso terminaban en punta. Ese Christoff Steinhäuser debía ser todo un personaje. El techo de la mansión se erizaba en torres coronadas con almenas, como en los castillos antiguos. Recuerdo que uno de los chicos había preguntado en la base, si había que tener cuidado de algún dragón.

Como sea, no teníamos equipo para abrir puertas reforzadas como las de la entrada. A falta del *breacher*, uno de los nuestros usó un martillo-hacha, sin mucho resultado. Jasper llamó por radio a Donogan para saber si ya habíamos entrado. Donogan confesó que teníamos problemas. El sargento se limitó ordenarle que se diera prisa. Volvimos nuestros pasos hasta hallar una puerta de vidrio en la parte trasera. Donogan rompió el cristal de un puñetazo, supongo que sin paciencia para evitar el ruido, y entramos a la cocina.

Todo estaba a oscuras. Vimos cuatro cuerpos maniatados en un rincón, sobre el brillante suelo de madera; tres hombres corpulentos, vestidos con trajes negros, y una mujer, también corpulenta, vestida de blanco; la seguridad y la cocinera personal del millonario, supuse. No habían gastado balas con ellos. Sus gargantas habían sido rajadas con algún filo. La sangre había salpicado las paredes. Una gelatina coagulada y oscura les mojaba las espaldas.

Rodeamos la mesada de mármol, aún con bandejas de comida, y seguimos por un corredor. Éste daba a unas habitaciones y a una sala de estar. En el vestíbulo, vimos un espacioso mueble repleto de trofeos de caza, que había sido arrastrado para bloquear la doble puerta de la entrada. A un costado, próximo a un ventana baja, había una enorme bolsa negra que apestaba a muerte y que estaba cubierta de moscas. Había huellas de sangre sobre las alfombras. Las huellas iban hacia al fondo de un comedor, y terminaban un poco antes de llegar al primer escalón de la escalera.

Eso era todo. No podíamos subir. Debíamos esperar allí. Quizá el DAKOTA1 ya se había introducido desde el patio, y se movía detrás del escudo mecánico. Esperamos unos minutos. No ocurría nada en esa casa de los mil infiernos. Sandoval, detrás de nosotros, hacía ruido con el agua que goteaba de sus prendas.

Desde arriba, lo oímos, alguien ordenó el alto. Unos pies corretearon en el

silencio. Luego sonaron dos disparos. Reconocimos las MP5 de alguno de nuestros compañeros. Era un ruido seco y estridente. Se hizo un extraño silencio, luego del cual volvieron a oírse unos pasos el primer piso.

Tres pares de botas negras surgieron desde la parte alta de la escalera, guiando su camino con un láser. Rápidamente, nos realizamos que no eran de los nuestros. No nos vieron porque estábamos en medio de la oscuridad. Los secuestradores llevaban pasamontañas y estaban armados con pequeñas uzies y fusiles de largo alcance. Donogan no se molestó en pedir el alto. Abrimos fuego hacia ellos, destruyendo las elegantes balaustradas de madera. Antes de que el humo se concentrara, pude ver un par de piernas quebrarse sobre los escalones. Un cuarto hombre detuvo su paso y, escondido en el ángulo del techo, disparó una ráfaga de balas hacia nosotros. Algunos llegaron a agacharse. A mi lado, Sandoval resbaló en un charco de agua, pero siguió disparando desde el suelo. El material del techo se hizo añicos gracias a las balas, y una uzi cayó por la escalera. Ya no había enemigos en pie, pero algunos hombres siguieron disparando hasta agotar sus cargadores.

Me apresuré hasta la escalera para disparar. Sobre los escalones descansaban dos cuerpos muertos y un hombre herido, que luchaba por respirar. Quizá una bala le había perforado la caja torácica. Pobre imbécil.

Donogan retrocedió y contestó la radio. Le informó a Jasper que uno había escapado. Quedaron en reunirse en el segundo piso.

Subimos las escaleras, intentando no pisar los cadáveres. Al pasar junto al herido, pude ver que le brotaba sangre de la boca. Le perforé la cabeza de un disparo. Donogan ordenó el alto y preguntó qué había sido eso. Dije que se me había escapado una bala.

La primera planta era extensa. En una de las paredes había un enorme ventanal en cuadrícula, censurado con papel de diario. Casi todos los espacios eran claros, a excepción de las cortinas. Muchos de los pasillos estaban marcados por arcos de madera. Aquí y allá había estatuillas de caballos y retratos familiares. Recorrimos primero las habitaciones a la izquierda del rellano. Algunas se bifurcaban en otras habitaciones, así como baños o pequeños estudios. Más de una vez, rodando por pasillos conectados, tuvimos la ingrata sensación de estar perdidos. Algunos pasillos parecían no tener fin.

Al salir de la última habitación, vimos al DAKOTA1 avanzando con cautela, apenas a unos metros de nosotros. Ellos hicieron señas y Donogan les respondió. No podíamos verles las caras a causa de los cascos negros y los visores. Uno de ellos señaló un pequeño rastro de gotas negras, difícil de ver en el oscuro suelo de madera.

Siguiendo el rastro, ambos equipos llegamos hasta una puerta de madera. Podría haber varios bastardos escondidos del otro lado, así que tuvimos precaución. Además, quizá retenían rehenes. Nos posicionamos a ambos costados de la puerta, evitando ser un blanco fácil si el enemigo deseaba abrir fuego. El sargento pateó la puerta y arrojó una granada de gas. El fuego enemigo astilló la puerta hasta hacerla caer. El DAKOTA1 se introdujo en fila en el humo y oímos los disparos desde fuera. Era imposible adivinar qué sucedía. Una vez se disipó el humo, Donogan nos dio la orden de seguir. Encontramos los cuerpos de tres secuestradores; el cráneo de uno de ellos había explotado y la materia cerebral se le desparramaba sobre su chaleco antibalas. Los otros dos estaban tirados en rincones opuestos.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó el sargento.— No hay ni un rehén.

—Planos, McKensie —ordenó Donogan—. Bien, hacia arriba tienen que estar los cuartos de los niños. Hay suficiente espacio allí para que se refugie toda una tropa.

—Je, je, je. ¿Y a ti qué mierda te ocurrió, soldado? —preguntó Jasper a Sandoval.

—Cayó sobre un cuerpo de agua.

—Se ve que los tiene bien entrenados, cabo Donogan.

—Señor, deberíamos tener cuidado al subir a la próxima planta. Nos estarán esperando.

—Sí, sí. ¿Aún no han llegado los francos tiradores?

Revisamos cada espacio en el primer piso. Luego, Jasper ordenó que subiéramos.

El escudo de hierro es una máquina destinada a servir de defensa a la vanguardia. Mide un metro y noventa centímetros, tiene un pequeño visor de vidrio anti balas y una agarradera desde la cual empujar. Cuenta con dos ruedas a cada costado, capaces de trabarse para ir sólo en línea recta. Las ruedas están repartidas en mecanismo de esvástica de tres puntas, cada punta con una rueda, que permite manipular el escudo en escaleras diagonales.

Subimos al tercer piso, resguardarnos tras el escudo.

No teníamos idea de cuántos eran. Nosotros éramos doce, seis en cada escuadrón. McKensie cargaba con una carabina Heckler & Koch 416, una modificación alemana de la Colt M4, con un supresor de casi 22 centímetros de largo, mientras que todos los demás cargábamos un

subfusil MP5 HK94, sin supresor, además de las pistolas reglamentarias. Hasta donde sabíamos, ellos tenían esas pequeñas uzis, que podían significar un verdadero peligro a corta distancia, y fusiles pesados, amén de otras cosas.

En la base se había barajado la posibilidad de que fueran un grupo terrorista neo-nazi, pero poco o nada fue confirmado. No sabíamos qué rayos querían sacar en claro con todo ese alboroto. En ningún momento intentaron comunicarse con nosotros, y habían cortado el suministro eléctrico para evitar el contacto con el exterior. Aún así, alguien había logrado activar la alarma silenciosa hacia la tarde. La servidumbre, supongo.

Como fuere, subimos las escaleras en completo silencio, pero el ruido mecánico del sistema de ruedas del escudo, aunque leve, nos delataba. En el tercer piso nos detuvimos a unos pocos metros del corredor. Era extraño: para ser una casa secuestrada, casi no se oían ruidos.

—Bien —musitó Jasper—. No hay nadie que quiera salir a jugar.

“Vamos a tener que dividirnos otra vez. Charlie-Boy irá por el franco izquierdo, y nosotros por el franco derecho. Ningún equipo adelantará al otro. Vamos a seguir hasta el final del pasillo, según el protocolo.

A cada lado del pasillo había puertas. Del lado del DAKOTA-1 había una impresionante sala que debía servir para reuniones. Las paredes estaban recubiertas por paneles de mármol, y sobre la mesa de madera colgaba una araña de cristal. Las puertas que daban a esa sala eran de vidrio, y podían apreciarse cinco cuerpos regados en el suelo, maniatados; el resto de la seguridad.

Del lado izquierdo, los del CHARLIE-B nos dedicábamos a abrir las puertas de una patada, dar un vistazo al interior y seguir buscando. Hallamos las habitaciones de los tres niños de Christoff. El mayor tenía 16, Nolan o algo así. Su cuarto estaba forrado de posters de chicas desnudas.

En cierto momento, al final del pasillo sonó una explosión. Alguien ordenó abrir fuego en esa dirección, y lo hicimos. Donogan, sin embargo, dijo que nos calamáramos, que podríamos matar a alguno de los rehenes.

—Las órdenes fueron claras, cabo —dijo Jasper—. No debe quedar nadie con vida.

—No nos ordenaron matar civiles.

Seguimos avanzando por el pasillo, hasta que dimos con la escalera. Jasper dio la orden para que el CHARLIE subiera primero. El tercer piso era una especie de área de recreación, con un piano, una biblioteca

enorme y un bello balcón, lleno de plantas. Una armadura antigua nos vigilaba junto a un busto de Goethe. Allí, sobre el suelo alfombrado, hallamos seis cuerpos mutilados, cubiertos de sangre. Al acercarnos, vimos que la biblioteca, que tomaba la toda la pared, había sido cubierta de balas.

—Pero... ¿qué carajo ha ocurrido aquí? —pregunto el sargento.

—Tuvieron un enfrentamiento con...

—Esto no fue un simple enfrentamiento, cabo. Alguien rebanó a esto feligreses como para hacer peperoni.

—Señor, quizá fuera una disputa entre ellos. Están reunidos en un mismo sitio, sin embargo, apuntaban en direcciones opuestas.

—Esta mierda va a darme un puto dolor de cabeza... ¡McKensie!

Al fondo, había una escalera que parecía llevar al ático. Moretti subió e intentó abrirla, sin éxito. Nos hizo una seña con los dedos, y se puso a espiar por la cerradura. Luego bajó.

—No se ve nada —declaró.

Entonces, Jasper ordenó a Borrosky, artificiero del D-1, que plantara explosivos en la puerta. Luego de un pequeño estallido, la puerta se abrió sola. Donogan y Jasper subieron, estuvieron un rato ahí arriba, y luego bajaron en completo silencio.

—Bueno, nos violaron —exclamó Jasper—. Nos destrozaron el ano bien duro. Nos violaron, no puedo hallar ahora mismo un eufemismo que se amolde mejor a nuestra situación. ¿Lo disfrutaron? ¿Se corrieron en nosotros? Nos dieron del derecho al revés.

“Tienen a una puta familia atrapada en esta mansión. Y, por supuesto, debemos extraerlos sanos y salvos.

—Estas construcciones suelen tener un sótano de grandes proporciones —comentó Borrowsky—. Quizá deberíamos investigar allí

Jasper pidió el mapa al experto McKensie. El mapa era una impresión hecha a base de unos planos muy viejos que encontramos, de pura suerte, en un registro de 1875. Muchas de las zonas actuales no existían en ese mapa. El tercer piso y el ático, por ejemplo.

—Bueno, tenemos que encontrarlos de alguna maldita manera, ¿verdad?

—Tiene razón, sargento —dijo Borrowsky.

—Gracias, Bulowski. Realmente lo aprecio. Voy a poner una medalla en su cuello cuando llegemos a la base. No cargo con una ahora mismo.

—Gracias, sargento, pero no creo merecerlo...

—Claro que sí —continuó Jasper—. ¡Escuchen! Todos tendrían que aprender una cosa o dos de este maldito hijo de puta. Adoro a este bastardo.

“¿Eres mi hijo, Borruwsky? Me hubiera encantado habérsela metido a tu madre judía, sólo para tener el placer, el honor, de haber contribuido en tu nacimiento.

“Ahora, señoritas, ¿podemos seguir camino a través de este maldito infierno?

—¡Sí, Sargento! —exclamas todos, y de inmediato nos lanzamos a la planta baja, para buscar el sótano.

No estaba en los planos y no teníamos idea de por dónde empezar a buscar. Por alguna razón, me pareció lógico comenzar en la cocina.

A mitad de camino, me detuve a ver la bolsa negra, cerca de la escalera. Estaba vibrante de moscas. No me molesté en desatar el nudo. Saqué mi cuchillo y corté un hueco en el plástico. Olía a carne y a través de la visión nocturna, lo único que pude apreciar fue un conjunto de manchas negras y brillantes. Metí la mano y saqué la cabeza de un perro. Era un dóberman. Abrí la bolsa hasta la base con el cuchillo y la pateé. Grande trozos de carne peluda y patas cercenadas se desparramaron sobre la alfombra. Habría cinco perros descuartizados ahí, a juzgar por la cantidad de cabezas que conté.

En la cocina, los muertos parecían dormir. Cerca de un horno de metal, había una pequeña escalera descendente, seguida de una puertita de madera circular, decorada con motivos naturalistas. Era muy bonita en verdad. Abrí la puerta de una patada, destruyendo la mitad de la superficie, y miré en el interior. La escalera seguía descendiendo, en medio de paredes de cantos rodados, y se internaba en bajo el suelo, dando un giro ciego.

Llamé al Sargento.

—¡De puta madre, soldado! —dijo—. Al fin estamos ante la boca del lobo.

Capítulo 2

Inspeccioné el sótano. Parecía más bien una mazmorra, con su techo abovedado de madera tallada y las paredes de ladrillos de piedra. Estantes polvorientos, repletos de botellas, cubrían las paredes del fondo. Me acerqué, y una corriente de aire fresco y hediondo vino a mi rostro, desde el otro lado de la estantería. En efecto, noté al mirar entre las botellas acostadas, que del otro lado se abría una especie de pasadizo irregular y húmedo.

Donogan sacó una botella de la pared, y la sopló para apartar el polvo. Al instante arqueó las cejas.

—Es un malbec de 1846 —dijo—. Es francés.

Jasper estaba desorientado. Miraba a todos lados, inspeccionando cada rincón y golpeando en ciertos lugares de la pared de ladrillo con los nudillos.

Había una botella que brillaba más que las demás, casi en medio de una estantería. Al acercarme, vi que, a diferencia de las otras, ésta no estaba cubierta de polvo. Intenté sacarla de su compartimento y al jalarla, oímos ruido seco, parecido al crepitar de un mecanismo muy gastado, proveniente de todas direcciones. Seguido de ello, pareció como si toda la mazmorra vibrara. En un instante, vimos la estantería contraria moverse en horizontal, hasta ser tragada por la pared más próxima, abriendo el acceso hacía un pasadizo de tierra.

—Interesante —murmuró Jasper con una sonrisa.

—¡Un túnel! Pero, ¿a dónde irá?

—Mi querido Donogan, para eso nos contratan. Vamos a meternos a averiguarlo.

—De seguro los secuestradores se habrán escabullido por allí.

—Sí, eso es posible. ¿Para qué querrán esos putos alemanes un túnel bajo tierra?

Donogan miró al Sargento, pero no dijo nada.

—¡Bukowski! —gritó Jasper—. Métase por aquel túnel y díganos qué encuentra.

—Señor, debemos tener cuidado —interrumpió el cabo—. Podría ser una trampa.

—Debemos correr el riesgo, muchacho. Adelante, hijo de David.

Y antes de que Donogan pudiera abrir la boca, Borrowsky se dirigió, fusil en alto, hacia el interior negro del túnel. Luego de un rato regresó, diciendo que no había peligro. Recién ahí, el resto de nosotros nos adentramos en esa caverna de tierra.

De no ser por una malla de metal que recubría las paredes, quizá aquel conjunto húmedo de tierra y piedras hubiesen caído sobre nosotros, atrapándonos en las entrañas de la mansión. Por entre los espacios de la malla, surgían plantas pardas, de hojas secas, que nunca había visto. La tierra apestaba y estaba tan húmeda que brillaba. Había marcas de ruedas en el suelo, como si hubieran hecho pasar una carretilla por allí.

—¿Alguien puede ver el final del recorrido? —preguntó el Sargento.

—Negativo —contestó Donogan.

Jasper ordenó que regresáramos arriba para informar a la base. Minutos después, mientras esperábamos instrucciones, el resto del equipo nos reunimos en el hall de la mansión.

Iluminábamos la escena con una linterna LED dejada sobre una mesada.

Supimos que los francotiradores ya estaban repartidos en los alrededores de la propiedad, listos para acabar con cualquier individuo sospechoso. Así mismo, negaron haber detectado algún vehículo no identificado en movimiento. Nosotros no somos el ejército. Había gran cantidad de vegetación en los alrededores, así como un sinnúmero de accidentes geográficos, y no teníamos confirmación de imagen satelital. Aquella noche era casi imposible detectar cualquier cosa que quisiera escaparse de nuestra reducida vigilancia.

Durante un rato, Jasper y Donogan discutieron sobre qué hacer a continuación. Los demás no hacíamos mucho.

—¿Por qué crees que descuartizaron a los perros? —preguntó Sandoval, mirando la bolsa fétida a escasos metros de nosotros.

Se había quitado el uniforme mojado, que había dejado colgando en un gancho de ropa, y sólo vestía el chaleco antibalas sobre una camiseta negra. Había encendido un cigarrillo, para no aburrirse.

—No tengo ni idea... —respondió Douglas.— Todo esto es enfermizo. Y parece que empeora a cada minuto.

Sandoval rió.

—¿Acaso tienes miedo?

—Vete al demonio.

—Estos putos alemanes son extraños —acotó Moretti—. Recuerdo que salía con esta chica de la universidad. Sus padres eran alemanes, y parecían normales, hasta que decidí pasar navidad con ellos. Se sirvieron jarrones enormes de cerveza, como de un litro. Luego de un par de jarras, la madre se ponía a hablar de animales extraños, mitológicos, y el padre tocaba el tema de la raza aria y los antiguos pueblos germanos. No me mal interpreten, la madre me caía muy bien. Era muy buena cocinera.

—¿Eran simpatizantes nazis? —preguntó Douglas.

—No lo sé —respondió Moretti, luego de pensarlo—. El padre, Brans se llamaba, le gustaba hablar de la fuerza de su pueblo, de los principios de la fuerza y la lealtad. Recuerdo que tenían símbolos extraños repartidos por el hogar.

—¿Y cómo era la chica? —preguntó Sandoval.

—Pálida; alta; alegre. Sus ojos eran azules como el cielo.

—¿Cómo tenía los pezones?

—Rosas y pequeños. Solían ponerse duros si los besaba.

—Dime —insistió Sandoval—, ¿es cierto que las alemanas les gusta tomar el control en la cama?

—Ella no era alemana —respondió Moretti—. Nació y creció en Ashfield.

—¡Hey, mariquitas!

Sacudidos por el repentino insulto, dirigimos nuestra atención a la voz. Allí estaba Jasper, que caminaba sonriente. Donogan venía detrás de él.

—¿De qué demonios estaban hablando? —disparó el Sargento.

—Moretti salía con una chica alemana —dijo Sandoval, y arrojó su cigarrillo.

—¿En serio?! ¿Y qué hay de entretenido en eso?

Nadie le respondió.

—Al diablo con ustedes —dijo el sargento—. Escuchen: Vamos a

repartirnos para seguir la búsqueda de los rehenes. Cuatro deben quedarse en la superficie, por cualquier cosa que ocurra. El resto iremos a investigar a fondo ese agujero.

El experto Mckensie, Spencer, Jackson y Johnson quedaron resguardando la planta baja, mientras el resto bajamos para investigar el túnel.

Las baterías de los lentes de visión nocturna no son infinitas. Cuarenta minutos de uso normal aniquilan cuatro baterías de las grandes. No estábamos equipados para pasar allí más de una hora, como mucho. Decidimos ahorrar las baterías de los visores, así que continuamos el recorrido con las linternas de LED. Por supuesto, esto significaba ser visto por el enemigo, pero a nadie pareció incomodarle. Algunos llevaban las linternas en sus armas, otros en una mano, y yo, al igual que Jasper, la traía en el encaje del casco: No me gusta disparar y que el haz se mueva para todos lados.

Al parecer, la cueva había sido excavada hacía años. En el techo, una estructura de metal hacía de soporte a las lámparas, que en ese momento estaban apagadas. Cerca de la entrada, había un interruptor, pero a falta de corriente las luces no encendieron.

El trayecto entero tendría unos ocho metros. Hacia el final, vimos un soporte de hierro, empotrado en las paredes de piedra. Donogan se acercó y miró al abismo. Pateó una roca del borde, y en vano se quedó esperando el eco del golpe.

—Esos bastardos debieron usar este elevador para llevarse a los rehenes bajo tierra, fuera de nuestro alcance.

—¿Qué sugiere, señor?

—Ya ha oído las órdenes, Donogan —dijo el Sargento—. Rescatar al ricachón alemán a como dé lugar. Y si podemos hacer lo mismo con su mujer y sus hijos, mejor.

“Me pregunto si habrá manera de hacer subir esa cosa.

Jasper, basándose en su experiencia con las lámparas, descartó el interruptor. Intentó girar la manivela, sin resultado. Su rostro se había vuelto rojo por el esfuerzo. Rendido, maldijo al aire, y buscó otra manera de subir el elevador, que no fuera el interruptor. Pero Borrowsky no pudo reprimir su curiosidad, y oprimió el botón verde. Al instante sonó un zumbido.

La polea, humedecía por el agua que brotaba de la tierra, giró con un chillido agudo, mientras el contrapeso de hierro y cemento se hundía. Tardó un buen tiempo, pero la caja de metal del elevador apareció frente a nosotros, vieja y oxidada. Un típico elevador industrial.

—Muy bien —dijo Jasper—. ¿Quiénes van a ser los primeros en viajar en esta carcacha?

Capítulo 3

El descenso fue incomodo. Las paredes, salpicadas de afiladas piedras, raspaban las rejas del elevador. Y eso no era nada comparado con el tambaleo de la jaula y el triste quejido del cable de hierro.

Pasados unos minutos, el elevador aterrizó con un ruido seco. Los primeros en descender fuimos los del Charlie, como era natural. Al llegar, me pareció percibir el grito del Sargento, pero el sonido era difuso y no puede identificar las palabras. Cuando la jaula volvió a elevarse, ya sin nuestro peso, vi un conjunto de viejas baterías de motor, humedecidas dentro de un rectángulo de metal hundido en la pared de piedra.

—¿Y ahora dónde mierda estamos? —preguntó Sandoval.

El suelo estaba compuesto de placas de metal, bastante gastadas, y más allá había un amplio depósito, lleno de cajas grandes de madera. Mientras esperábamos a los miembros del Dakota, percibimos unos débiles chillidos y un aletear sobre nuestras cabezas. Tan escondido en sombras estaba el techo, que por más que levantara la vista, nada podía apreciar.

Les pedí a los demás que apagaran las linternas, para utilizar la visión nocturna del casco. Ojalá no lo hubiera hecho. Del otro lado, había una especie de puerto, que daba pie a un cuerpo de aguas estancadas. Arriba, refugiados entre estalagmitas, una población de monstruosos murciélagos. Colgaban todos de cabeza, ala con ala, relamiéndose. Sentí que la sangre me bajaba fría por las piernas, pero había algo más. Aquellos animales parecían ser mucho más grande de lo acostumbrado. Pero mis compañeros no parecieron notarlo. Nadie dijo nada.

La jaula volvió a aparecer luego de un rato, haciendo un escándalo al arrastrar su cuerpo de metal contra las paredes pedregosas. Los integrantes del Dakota descendieron con sus linternas encendidas.

—¿Qué están buscando? —preguntó Jasper.

—Nada en lo absoluto —respondió Donogan, quitándose los lentes—, sólo inspeccionábamos la zona.

Alguien apuntó su linterna al techo, produciendo un resplandor blanco en mi visor, por lo cual apagué la visión nocturna.

Algunos de los murciélagos revolotearon, perturbados por la luz, y mientras iban surgiendo de la oscuridad, era notable que su tamaño sobrepasaba lo habitual. Era como ver personas planeando con los brazos extendidos. Al pasar frente a la luz, vi que una de las alas de aquellos monstruos estaba cubierta de pequeños pelos azules, que relucían cual

terciopelo.

—¡Dios! —exclamó Douglas.— ¿Han visto el tamaño de esas cosas?

—¿Y qué mierda esperabas? —replicó Moretti.— Estamos como a quince metros baja tierra.

—¿Para ti esto es normal?

Avanzamos hacia el depósito. El cuerpo de agua que mencioné antes, pues no era otra cosa que un pozo de aguas verdosas y ciegas, enmarcadas por los bordes oxidados de una especie de bahía subterránea, estaba pegada a una pared irregular de roca musgosa. Había un pequeño bote de motor en las aguas, ancho y con la capacidad para ser ocupado por varias personas. Todo el resto del depósito estaba cubierto de cajas. Recostadas en las paredes había estatuas verdosas, hechas de un material poroso, cubierta de líquenes blancos. La mayoría de las estatuas representaban personas, y con la salvedad de alguna que otra sin un brazo o sin la cabeza, parecían en buen estado.

Imagino que el señor Steinhäuser hacía un buen dinero vendiéndolas, aunque estaba seguro de que su rubro eran los panecillos de jengibre y vainilla. O quizá fueran parte de una colección privada, de la que no tenía ni idea, pero como fuera, era evidente que las sacaba de aquel pozo sucio.

Había dos estatuas que me llamaron la atención. Eran dos perros sentados, de tamaño considerable, esculpidos en un material oscuro, cubiertas de signos raros. Los signos parecían runas mágicas, como las que usaban los guerreros celtas. Sobre la calidad de las obras, tengo que decir que por la finura de los detalles (la línea de los tendones; la perfecta redondez de los ojos; los agujeros de las orejas), me daban a ratos la impresión, lo juro por mi madre, de estar viendo animales petrificados. Aunque lo que más me perturbó fueron los rostros de los caninos; había ciertos rasgos humanos en ellos.

Caminando unos pasos, Donogan descubrió un exhibidor de vidrio. Bajo el cristal había infinidad de objetos sobre un rectángulo de gastado terciopelo verde. Muchas eran esferas de plomo, muy gastadas, junto con cuchillos deformados por el óxido. También había fragmentos de máscaras hechas de cobre.

Jasper le ordenó a Borrowsky que abriera una de las cajas. Con suma delicadeza, como si lo hubiera hecho antes, el artificiero metió una palanca de hierro en la hendidura que había entre dos esquinas de una caja muy alta. Hizo fuerza, jalando la palanca, y los clavos fueron cediendo, hasta que la tapa de madera cayó al suelo, provocando un golpe atronador. Un olor mohoso invadió el ambiente.

Dentro había una escultura de una mujer alta y esbelta, de dos metros o más. No estoy seguro del material base, pero quizá fuera mármol o yeso, pero su piel pálida parecía real. Estaba desnuda, con los brazos cruzándole el pecho. Sus ojos estaban cerrados, como si durmiera. Su cabello rojizo era de verdad, y caía, ondulante, hasta sus pies. En rededor de sus brazos y piernas había aros de oro, de los que colgaban tiras reseca de tela. Podría sonar confuso pero, al igual que los caninos negros, esa dama pálida tenía un nivel de detalle tan soberbio, que parecía una mujer real. De hecho, estoy seguro que todos tuvimos esa impresión cuando las linternas la descubrieron, al unísono. Nadie se animó a acercársele por miedo a que cobrara vida de repente.

Yo sentía curiosidad por los símbolos que tenía en brazos, vientre y rostro. ¿Serían los mismos que los de los perros? Acerqué mi linterna a uno de los lánguidos brazos de la dama. Quizá fueran cosas más, pero me pareció ver diminutas líneas de vasos sanguíneos bajo los símbolos.

—Me gusta—comentó Jasper—. Podría ser mi próxima esposa.

—Es enorme —dijo Donogan—. Quizá la adoraban en algún culto pagano.

—¿Una diosa? —preguntó Douglas.

—Bueno, supongo que tendremos que preguntárselo al señor de la casa, si lo encontramos.

Sandoval se acuclilló y le iluminó la entrepierna a la estatua, relamiéndose.

—¿Qué haces? —preguntó Douglas.

Pero Sandoval no respondió.

—¿Debería abrir otra, Sargento? —preguntó Borrowsky.

—A la mierda con estas estatuas —replicó Jasper—, y con este puto agujero de mierda.

Acto seguido, pateó la caja que contenía a la diosa, y sentí un vértigo frío que me subía por la medula.

—Este lugar está lleno de malditas cajas —continuó el sargento—. No es nuestra tarea averiguar si esconden drogas bajo la mansión. Nuestra misión es extraer a los rehenes. Y hasta ahora, no hay rastro de esos hijos de puta.

El depósito terminaba en una pared de piedra, en la que se abría una

entrada oscura. Siguiendo en fila india, penetramos en las penumbras. Del otro lado, había un pasillo de pilares de piedra, pero el techo estaba tan alto, que era difícil de sondear con las linternas. Más adelante, se abría una especie de zona de excavación, con palas y carretillas por doquier. Amontonadas a un costado, había grandes cajones de metal abiertos, adornados con bajo relieves extraños. Próximo al pasillo, había alrededor de veinte cubículos o casas pequeñas de metal, donde descansarían los trabajadores. Grandes reflectores apagados vigilaban los pozos abiertos en la tierra. Pegada a una pared, había una jaula de metal, que servía para guardar pesados trajes de buceo.

—¡Estos bastardos se lo tienen todo montado! —exclamó Sandoval.

—Parece que es terreno fértil para hallar antigüedades —dijo Donogan.

Jasper dio la orden de revisar cada cubículo.

En las que me tocó inspeccionar, vi mudas de ropa de hombre, computadoras portátiles -a las cuales no pude acceder sin la contraseña-, carpetas de archivos en alemán y planos de las excavaciones. Una de las carpetas que revisé contenía fotografías a color de esculturas monstruosas. Le llevé esa carpeta al sargento.

—¿Alguien sabe alemán? —preguntó.

Nadie sabía esa lengua.

—Pues al demonio. Voy a llevarme algunas carpetas, y algunos de estos objetos —dijo, mientras sostenía un viejo reloj de bolsillo, hecho de oro.

Según leí, aquel reloj no figura en el registro de cosas confiscadas.

Estuvimos una hora explorando esa zona. Donogan encontró la entrada a un bunker, hundido en la tierra. Las puertas eran de metal, y estaban aseguradas por dos pesados candados.

—¡Artificiero! —llamó Jasper.

—¿Señor?

—Haga volar esos candados.

Borrowsky colocó dos pequeños ladrillos de explosivos en cada candado, y se alejó para activarlos. Pidió que nos cubriéramos los oídos, y una pequeña explosión de chispas blancas destelló en la oscuridad. Los candados cayeron, fragmentados, sobre la tierra, junto con la cadena. Parecían haber sido cortadas con una herramienta de precisión.

Jasper jaló una de las puertas hacia afuera. Dentro del bunker había un laboratorio, heladeras llenas de frascos, microscopios y esas cosas. En cajas acrílicas, descansaban muestras de piedras y artesanías gastadas. Al fondo había una cortina nailon blanco. Jasper les ordenó a Douglas y a Moretti inspeccionar esa área. Armas en alto, penetraron la cortina, pero tardaron un rato en regresar.

—Señor —dijo Moretti, pálido—, no va a creer esto.

—Ponme a prueba.

Detrás de la cortina había una especie de morgue. Sobre mesas de metal, descansaban cuerpos mutilados, cuya piel había adquirido un color azul pardo. Eran cuerpos resecos y consumidos, tanto que no eran más que piel y huesos. No olían más que a tierra húmeda. Algunos cuerpos estaban apilados en el suelo, dentro de bolsas para cadáveres numeradas.

—Mo..., ¡momias! —exclamó Douglas. Era un negro grandote, pero en ese momento se le había ido el color de la piel.

—Nada que no hayas visto en el Smithsonian.

Yo me incliné sobre una de las bolsas y la abrí. Jamás podré olvidar lo que vi. Era otra momia, endurecida como un maniquí de madera, pero su piel gris y fría estaba recubierta de un bello azulado, al igual que los murciélagos gigantes. Además, las facciones del muerto no eran del todo humanas; unos colmillos finos y amarillentos le sobresalían de sus labios arrugados, no tenía nariz ni tabique, y unas grandes orejas abiertas le nacían sobre la capa del cráneo.

Asqueado, cerré la bolsa y no comenté nada de aquello, para no contribuir a la histeria general.

—Así que esto es lo que hacían —dijo Jasper, golpeando a Donogan en el brazo—. Desenterraban las momias de sus antepasados. Asunto resuelto.

—Esto es enfermizo, cuanto menos.

—Por supuesto, pero ¿quiénes somos nosotros para juzgar? Mira a Sandoval, por ejemplo. A él le encanta masturbarse pensando en su tía.

Todos rieron, inclusive Sandoval.

No viene al caso, pero estando ebrio durante una fiesta comunitaria, le contó a un bombero que, de niño, había espiado a su tía, que en ese entonces era una bailarina famosa, mientras ésta se bañaba.

Volviendo al relato, Jasper se detuvo a inspeccionar uno de los cuerpos en

la mesa. Era casi un esqueleto ennegrecido, pero por sus caderas y las formas de sus pechos marchitos, era evidente que había sido una mujer.

—Mire, Donogan —dijo el sargento—. Esta señorita se llama “Koler”.

En efecto, ese el nombre en el rotulo, pero estaba escrito «Kohlerih».

—Está carbonizada —observó el cabo Donogan.

Al salir del bunker, Jasper ordenó que investigáramos los pozos. No tendrían más que unos seis o siete metros de profundidad. No sabría decir a qué profundidad estábamos, pero los pozos se internaban a través de capas de piedra oscura. Escaleras de metal servían para descender al fondo, donde había picos, palas y hasta cascos de seguridad sucios.

—¡HOLA! —gritó Jasper hacia la penumbra. Nadie respondió.

—¿Dónde se habrá metido todo el mundo? —preguntó alguien.

—Hay que informar a la base sobre esto —observó Donogan.

—No hay tiempo —dijo Jasper—. Intentemos llegar al fondo del asunto, antes que amanezca.

—Señor, hay algo moviéndose aquí.

Moretti estaba apuntando su linterna al fondo de uno de los pozos. Su mirada buscaba algo que parecía evadirse. De repente, sus ojos se abrieron de par en par, impresionados ante una sombra gigante, surgida del agujero a una velocidad espantosa.

Capítulo 4

Moretti retrocedió unos pasos, hasta que tropezó y cayó sobre su trasero.

La sombra había desaparecido, pero podíamos sentirla, cortando el aire sobre nuestras cabezas. Un chillido agudo hizo eco en la excavación.

Douglas, quien se había mostrado afectado por la bizarra sucesión de eventos, retomó su valor habitual y se puso en guardia marcial, apuntando su MP5 al techo. La sombra pasó justo frente a su linterna, y él abrió fuego. Y siguió disparando, hasta agotar su cargador, y dejó caer el subfusil para continuar atacando con su beretta.

—¡Douglas, deténgase! —ordenó el Sargento.

Pero Douglas no se detuvo. Disparaba a la nada, porque había dejado caer la linterna también. Sus ojos estaban desorbitados. Siguíó jalando el gatillo, aun cuando había quedado sin munición.

Moretti vino corriendo y se incorporó al resto del grupo.

—¿Dónde está?

—Apaguen las linternas —les grité—. Voy a buscarlo con la visión nocturna.

—Me gusta la idea —dijo Jasper—. Apaguen sus linternas, ¡todos!

Una vez a oscuras, encendí los visores. A través de la imagen verde, vi a mis compañeros hacer lo mismo. Todos menos Douglas, que se había acuclillado en la tierra. Di un vistazo en rededor. No tuve claro lo que veía, de buenas a primeras, cuando miré arriba, o no quise comprenderlo. El techo, varios metros sobre nosotros, era como la cúpula de un templo hecho de piedra. Inclusive había imágenes pintadas en rededor, al igual que la capilla Sixtina. Estaban muy borrosas y a demasiada distancia, pero pude identificar los dibujos de personas desnudas y monstruos alados.

—¿Alguien puede verlo?

Y sí, yo pude. Primero me llegó el brillo de sus ojos, mirándonos desde un rincón del techo. Era uno de los murciélagos. Sus alas eran enormes. Tenía dos perforaciones en una de sus alas.

—¡Dios del cielo! —oí exclamar a Donogan.

Pensé que también lo había visto, pero fue girarme hacia él para ver algo

peor: El cabo había abría fuego contra un ejército de personas que habían surgidos de uno de los pozos. Estaban desnudos, y sus miembros consumidos y descarnados se movían con agilidad al gatear hacia nosotros. Otros se sumaron a disparar.

A medida se acercaban, me di cuenta que eran cadáveres. Uno de ellos había recibido varios disparos del lado izquierdo, pero no sangraba y seguía moviéndose como si nada. Vino corriendo hacia mí, y puedo jurar que no tenía orificios nasales u ojos, y que de su boca abierta sobresalían unos colmillos largos y finos.

Sentí repulsión y horror, yo, que tantas veces había mirado a la muerte a la cara.

Por acto reflejo, pateé a la criatura en la cabeza. Ella ni siquiera se movió. Había pateado una estatua de piedra. Le vacié un cargador en la cara y la cabeza explotó, sin expulsar ningún fluido, al igual que lo haría un jarrón de cerámica. Vi un caos de dientes y polvo volar por los aires. El cuerpo sin vida del cadáver se desplomó sobre mis pies. La piel cerca del cuello se había quebrado en miles de pedazos, y las líneas de sus músculos eran visibles entre las hendiduras.

Alguien me jaló del hombro y corrí.

—¡Sargento! —gritó Donogan.

Jasper, en lugar de alejarse junto con los demás, se había quedado a pelear. Pero no disparaba a nuestros perseguidores; se había enfrascado contra el murciélago gigante, que intentaba llevarse a Douglas.

Donogan lanzó una granada a la multitud fúnebre, que explotó a los pocos segundos. Una nube de polvo engulló la escena. Sin detenerse ante la falta de visión, el cabo se hundió en el polvo para salvar a nuestro Sargento.

Los demás dimos a ambos por muertos y salimos al depósito. Escuchamos al Sargento gritar algunas groserías, y después otra explosión. Influenciados por la desesperación, todos apuramos el paso hasta el elevador. La confusión era total.

—¡Esperen, esperen! —gritó Asakura del Dakota—. Bloqueemos la entrada.

Fuimos pocos los que decidimos ayudar a tirar abajo una de las cajas de madera, y empujarla hasta el umbral del área de excavaciones. En eso estábamos, cuando aparecieron Jasper y Donogan, ambos cargando a Douglas. Estaban agotados. Detrás de ellos venía Borrowsky, desenrollando un cordel de cobre. Los rostros sin rasgos de los monstruos casi les pisaban los talones. Una vez todos estuvieron a salvo, empujamos

la caja hasta tapar la entrada por completo.

—Muy bien, apártense —dijo Borrowsky.

Nos alejamos hasta la bahía. Entre tanto, la caja, que debía pesar lo que un descapotable, fue deslizada con suma ligereza hacia el depósito, y un par de rostro sonrientes surgieron desde las sombras.

El artificiero oprimió el interruptor entre sus manos. La explosión fue casi inaudible, pero el escabroso sonido de toneladas de tierra cayendo en avalancha sobre la excavación, fue tan claro y tan escandaloso, que aún ahora puedo oírlo. Todo el depósito se sacudió y parecía que íbamos a ser aplastados nosotros también. Placas de metal y trozos de tierra endurecida caían sobre nuestras cabezas. Una densa niebla de polvo nos envolvió mientras huíamos.

Era casi imposible guiarse en aquel caos, ciegos por el polvo y sordos ante la caída de escombros en las placas de metal, pero pudimos dar con el elevador, donde el resto del equipo nos estaba esperando.

Mientras la jaula de metal ascendía, tambaleante, cargando nuestro peso -éramos ocho en total, y estábamos apretados-, vimos un sinfín de murciélagos gigantes revolotear en torno nuestro. Abrimos fuego hacia las bestias. El estampido de las balas ayudó a disimular un poco el eco ensordecedor de sus agudos chillidos.

Los minutos que tardamos en llegar a la superficie fueron eternos. Y, para colmo de males, a la mayoría se le fueron acabando las baterías de los visores. Nadie articuló palabra en el trayecto. El recuerdo de los horrores que habíamos presenciado nos perseguía, y sólo la presencia de nuestros compañeros, apretujados en esa jaula oxidada, no nos hacía perder el juicio en el silencio y la oscuridad.

Capítulo 5

Jasper habló con la base desde el vestíbulo. El resto estábamos nerviosos y tensos, y lo único que se oía era su voz, retumbando en la mansión.

La fría luz del amanecer iluminaba la cocina llena de cadáveres.

—Te digo que no—escupía el Sargento a la radio—, no había nadie en ese puto agujero de mierda... No, no hallamos ningún lugar por donde continuar. ¿Qué? Escucha, no hay por dónde ir... No, ninguno de mis chicos va a volver a bajar.

“Escucha, ¿tienes pelotas? Que si tienes testículos colgándote del pene... ¿Afirmativo? ¡Pues puedes bajar tú, maldito! ¡Tú y tu puta brigada de auxilio! Casi pierdo a un buen hombre ahí abajo. Y casi me pierdo yo, intentando salvarle el culo. Una gárgola casi se lo lleva. Van a tener que... ¡No, escúchame tú a mí! Van a tener que llamar a control animal, ¿me oyes?, porque esto no es normal. ¿Me oyes bien, cabeza de pene? Corto.

Jasper cojeó hasta nosotros.

—Bueno, equipo, nos largamos —dijo—. Voy a avisar al helicóptero...

—Señor —intervino nuestro cabo—, nuestra misión es rescatar a los rehenes.

—Donogan... No sé dónde mierda puedan estar tus rehenes, pero aún no tenemos noticias de ellos. No tiene sentido seguir aquí.

—Voy a seguir buscándolos, hasta que llegue el equipo de auxilio. Si están en algún lugar, los encontraré y los sacaré de aquí.

Jasper exhaló y se apretó los ojos con los dedos, frustrado.

—Sargento, con todo el respeto que usted...

—Puedes meterte tu respeto por el ano, Donogan.

Jasper empujó al cabo y caminó hasta la entrada.

—Aquellos del Charlie que deseen ayudar a cumplir nuestra misión, pueden acompañarme —dijo Donogan—. Nadie los obliga.

Moretti suspiró.

—Yo estoy con usted —dijo.

—Anótenme — dijo Asakura.

—Y yo —dijo Spencer—. Por Douglas, mi negro.

Algunos más se sumaron a la causa, fueran del equipo que fuesen.

—Yo me largo —dijo Sandoval, apagando su cigarrillo—. No me pagan lo suficiente.

De repente, un disparo penetró por una ventana.

—¡Al suelo! —ordenó Jasper.

Me tiré de costado, extraje mi último cargador, cargué mi subfusil y me preparé para lo que fuera.

Eran los secuestradores. Venían desde el otro lado del vestíbulo. El primero se acercó rápidamente, cargando su fusil ruso. Alguien, Moretti si no recuerdo mal, le deshizo el pecho a disparos de pistola. Los que venían detrás tomaron cobertura tras la escalera, o detrás de los muebles.

Yo estaba echado sobre la alfombra. No tenía ningún tipo de cobertura, pero no me importó. Estaba decidido a todo.

—Tengan cuidado de los rehenes —ordenó Donogan, pero no vi a ningún rehén.

Entretanto, Douglas estaba tirado en el vestíbulo, en medio del fuego cruzado.

—¡Douglas! —gritó Jasper, y fue a socorrerlo.

Pecho al suelo, Jasper siguió disparando. Había destruido a balazos un pequeño exhibidor de madera, y por entre las astillas y el vidrio quebrado, cayó un hombre muerto.

Sentí tres golpes secos muy cerca de mí, y pensé que me habían dado. Pude ver el cañón de la AK sobresaliendo desde el borde de la puerta, y supe a dónde debía disparar. Hice varios agujeros en la madera blanca, y un enemigo cayó al suelo, agazapado. Luego levantó el fusil en señal de rendición, pero fue en vano; estaba muriendo y tocía sangre a borbotones.

Hubo un momento de silencio, dónde ni siquiera nosotros dijimos nada. Luego, otros enemigos aparecieron desde el pasillo, abriendo fuego, haciendo estremecer las paredes con su tormenta de disparos.

Yo rodé por el suelo, y me agazapé en los primeros peldaños de la

escalera, y desde allí pude matar a uno más.

Jasper, valiente y temerario, cubría a Douglas con su propio cuerpo, mientras seguía el contraataque con su beretta. Vi como una bala le había rasgado el casco, pero él no se mosqueaba, y con la última bala de la recámara, le había dado en el hombro a uno de los desgraciados que estaba agachado frente a nos.

Desde mi lugar en la escalera, vi que Douglas se fue recomponiendo, con movimientos lentos, y miraba para todos lados. Algo en el brillo de sus ojos no me gustó. Y sin aviso, ante la sorpresa de todos, mordió al Sargento en el cuello mientras aquel intentaba sacar un cargador de su cinturón. Jasper le dio a Douglas un codazo de lleno en la nariz, que lo dejó knock-out de nuevo.

—¡Granada!

La situación se apaciguó de inmediato, cuando una granada de perdigones explotó en medio de los enemigos. Nos acercamos a la puerta y abrimos fuego contra todo lo que se movía, excepto aquellos tres que habían quedado inconscientes en el suelo. Un par escaparon, pero logramos matar a otros tres.

Contamos siete bajas enemigas.

En el suelo, Jasper palidecía, sujetándose el cuello que sangraba de gravedad. Donogan se puso a su lado. McKensie sacó un trapo y lo apretó contra la hemorragia.

—Cabo —dijo Jasper con un hilo de voz—, creo que he perdido mucha sangre. Dígale a mi esposa que cuide a los niños...

—Podrá cuidarlos usted mismo, cuando regrese —replicó Donogan—. Ahora, cálese y espere a los paramédicos.

A su lado, Douglas seguía inconsciente, con la nariz quebrada. Borrowsky se había tomado las molestias a sujetarle las manos con una prensa plástica.

—Sargento, no se duerma.

Jasper, ojos cerrados, sonreía.

—Donogan —dijo—, siempre fuiste un dolor en el culo.

—Quiero que piense en sus hijos —dijo el cabo—. ¿Cuántos hijos tiene?

—Dos: Un foxterrier y un bulldog.

—¿Disculpe?

—El fox... El foxterrier se llama Georgi y el, el...

El Sargento calló y se mantuvo quieto. A todos nos pareció que había muerto, porque había perdido una cantidad abismal de sangre. A Donogan le temblaban las manos, pero no dejaba de apretar aquel trapo empapado de rojo.

Spencer informó a la base. Los helicópteros de rescate ya estaban allí, junto con las camionetas de transporte.

Sandoval se detuvo a inspeccionar a los muertos. Le quitó el pasamontañas a algunos. No era de extrañar que fueran pálidos y sus ojos estuvieran en blanco, porque estaban muertos, pero algo me dice que ya eran así antes de que alguien le diera el tiro de gracia.

Movido por la curiosidad, le quité la máscara a unos cuantos más. Todos presentaban los mismos rasgos, y estaban vestidos con buenas mallas negras de cuerpo entero y guantes. Noté también unas perforaciones en el cuello de cada uno, pequeñas pero profundas. Supuse que estando aquellos incautos en la oscuridad del depósito, los murciélagos hicieron de las suyas.

Donogan dio la orden a Moretti y a Sandoval de vigilar al Sargento y a Douglas, mientras los demás íbamos en busca de los rehenes. Pero luego de recorrer el primer piso de nuevo, escuchamos un escándalo y tuvimos que bajar.

Había sido Sandoval, que estaba con los ojos desorbitados. El Sargento estaba de pie en el living, limpiándose la sangre del cuello. Donogan bajó corriendo las escaleras y se detuvo frente a él, sin saber qué decir. Jasper, pálido como un cadáver, lo saludó con una sonrisa.

—¿Pensó que a librarse tan fácil de mí?

—Señor...

—Señoritas, es hora de largarnos. Dejemos los restos de este trabajo al grupo de auxilio. Todavía tenemos un informe que rellenar.

—No. Sandoval, Moretti, vigilen a Douglas.

—Cabo, ¿está cuestionando órdenes de un superior? —inquirió el Sargento, y vi en sus iris un resplandor verdusco.

—Lo siento, señor, pero he dado mi voto...

En ese momento, escuchamos a un par de personas corretear por el living, en dirección a nosotros. Eran tres de los secuestradores, esta vez sin las máscaras. Una armadura reluciente venía pisándole los talones, blandiendo un sable. Uno de los secuestradores se detuvo para hacerle frente con su uzi, pero las balas rebotaron en el pecho de armadura, y ésta lo penetró con el sable. El secuestrador había sido cortado en diagonal, desde las costillas hasta la columna, y cuando su torso cayó a un costado, sus intestinos azules salieron por la abertura. El siguiente, que no se había detenido, fue atravesado de lado a lado desde el pecho; al tercero, que había llegado a girarse para mirar por última vez a su perseguidor, lo decapitó de un solo golpe. La cabeza cercenada y blanca giró por el aire, antes de rebotar en una pared y aterrizar en la alfombra.

Todo había sido tan rápido, que no habíamos llegado a reaccionar. El Sargento seguía con los puños en la cintura, mirando la increíble escena.

El caballero enfundó su espada y caminó despacio hasta nosotros. Hizo una leve reverencia, y acto seguido se quitó el yelmo de penacho azul, revelando a un hombre de unos sesenta años, de nariz aguileña y rasgos graves, acentuados por un bigote negro que le caía, enrulado, hasta el cuello de metal. Sus ojos eran verdes y muy brillantes.

—Buenos días, señores —dijo el caballero de acento germano—. Agradezco su ayuda, pero me veo en la lamentable situación de pedirles que se retiren. Ya han destrozado bastante mi pobre residencia, y ya es casi la hora del desayuno.

Era míster Steinhäuser. Según nos dijo, su familia estaba en Viena, visitando a unos parientes. Solo él y sus guardias se encontraban en la mansión cuando los secuestradores irrumpieron, en medio de la noche. Nos aseguró, además, que se había encargado del resto de los intrusos.

De todas maneras, para disgusto de Jasper, volvimos a inspeccionar la extensa propiedad, piso por piso.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó Moretti.

—Mejor que nunca —fue la respuesta del Sargento—. Mejor que nunca.

Cuando llegó el equipo de forenses y detectives, Donogan se quedó para ayudarlos a escribir el reporte. El resto, salimos al campo verdoso, mojado por la luz gris de esa mañana.

De camino a abordar una de las camionetas que nos llevaría de regreso, escuché un gemido ahogado y un crepitar. Al darme vuelta, vi a uno de los nuestros, cuyos brazos y rostro eran devorados por las llamas.

—¡Mierda, mierda...!

El Sargento Jasper cayó sobre sus rodillas, y las llamas fueron cubriendo su cuerpo, hasta dejarlo carbonizado. La poca munición que cargaba estalló, y las balas volaron por todos lados. Sólo dos personas quedaron heridas, ya que el instinto hizo que la mayoría se echara al suelo. Por otra parte, la camioneta que debíamos abordar quedó con varios agujeros y dos ventanas menos.

Las llamas espontaneas cubrieron también el cuerpo de Douglas, mientras era llevado por el helicóptero.